

TINTA FRESCA

El paseo de Doña Urraca

por **María de la Luz Uribe**

Una mañana encendida de aire transparente y sol miró afuera Doña Urraca y de su casa salió.

Como iba a dar un paseo, y por si hacía calor, decidió llevar sombrilla y de su casa salió.

También podía hacer frío: gorro y bufanda tomó, se los puso con gran prisa y de su casa salió.

María de la Luz Uribe

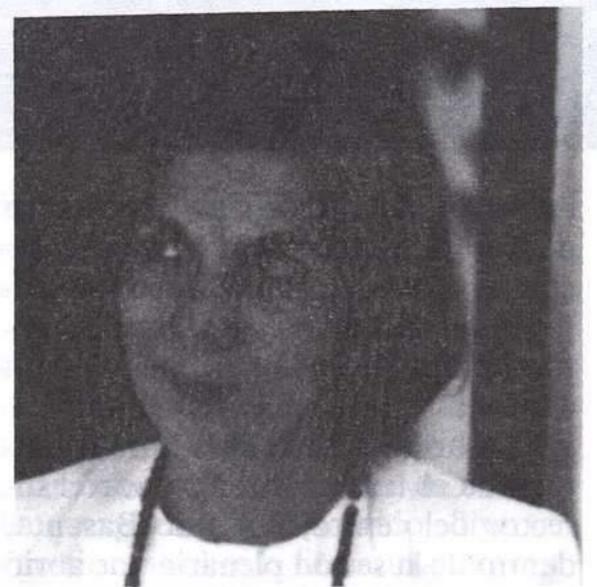
Entre la fecha de nacimiento y la de la muerte hay un guión. En ese guión cabe todo. Si uno quiere escribir su autobiografía selecciona los hechos archivados en la memoria. Pero esta selección se puede hacer según distintos criterios. Pueden ser los hechos más importantes y significativos, o los que marcan los cambios a que estamos siempre sujetos, o los que uno cree que le pueden interesar al que va a leer estas líneas o al que las escribe.

Elijo primero esta última disyuntiva. En este momento —y es un momento que dura ya varios años— me interesa profundamente mi propia infancia. Creo que si llego a desentrañarla podré conocerme algo. Nací en Santiago de Chile, hija segunda. En mi casa había un jardín y me gustaba mirar las ramas de los árboles contra el aire y la luz. Cada día tenía que ponerme delantal, lo que era una afrenta que soportaba difícilmente. Muy pronto empecé a desear conocer lo que había den-

tro de los libros, así es que simulaba leer mientras me contaba largas historias. Tuve que esperar hasta los 7 años para aprender a leer de verdad. Desde entonces, es lo que más me gusta hacer. Poco después, escribía pequeños versos cariñosos para conquistar a mi padre cuando volvía de su oficina de abogado. Se los leía, y él se reía y me abrazaba. Siempre tuve un cuaderno donde anotaba cosas que creía me podrían interesar después. Cuando cumplí los 15 años, me escribí una carta para cuando cumpliera 20. Cuando los cumplí, le puse un sello y me la envié por correo.

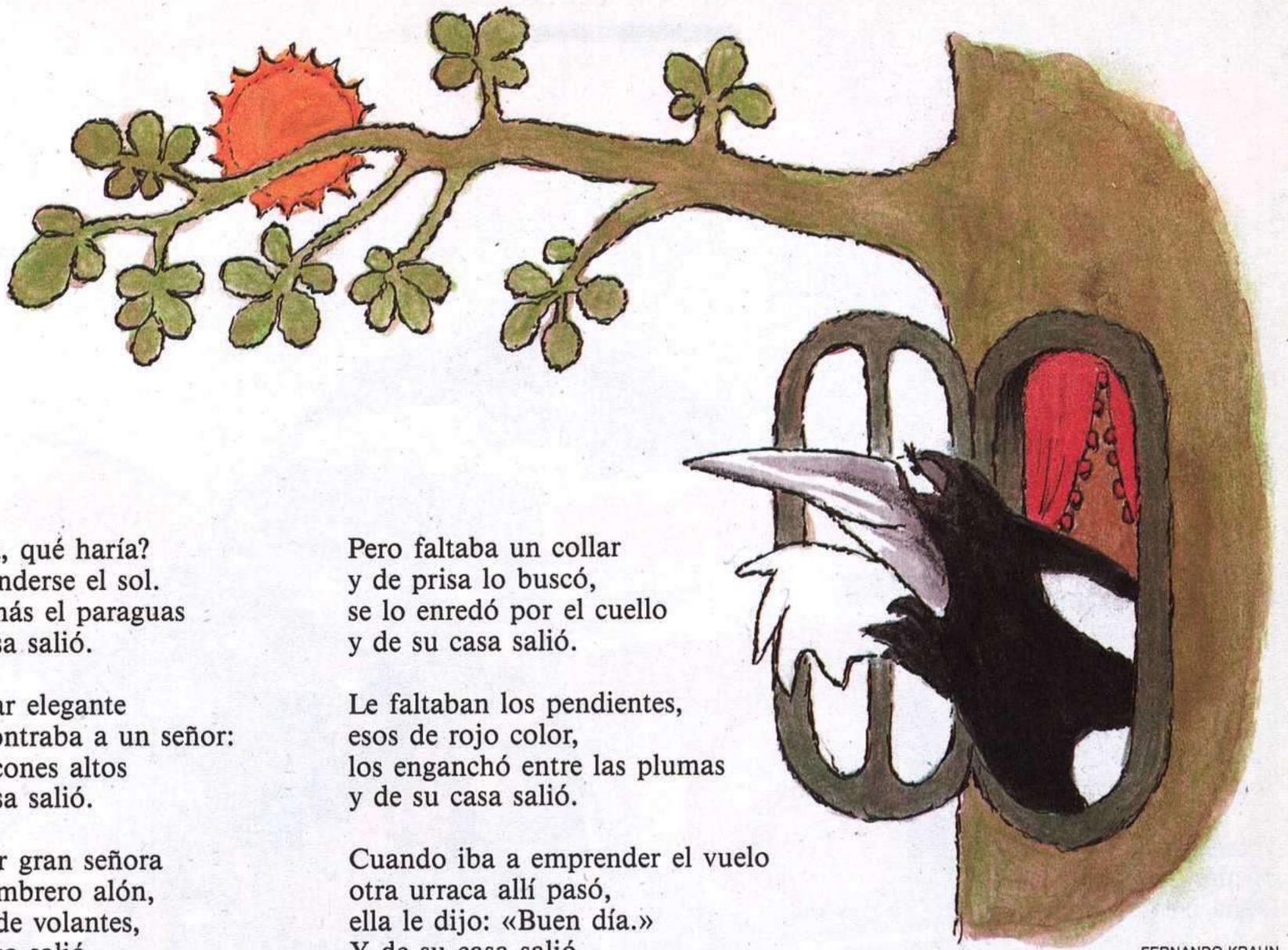
Cambios: la adolescencia fue —como lo es siempre— un salto sobre un precipicio. Viajar a Italia a estudiar el método Montessori fue ver abrirse mil puertas por las que después intenté entrar poco a poco.

Casarme con Fernando Krahn fue descubrir todo lo bueno y positivo de la vida. Tener mis tres hijos fue formar parte de la tierra y la naturaleza. Viajar a Nueva



York fue saber lo que es ser extranjera. Vivir con mi propia familia en mi país lleno de esperanza fue la felicidad. Viajar a España con el golpe de Estado sobre la cabeza fue un empeño. Vivir en Sitges es la paz y el tratar de dar.

Importante y significativo me parece que es haber escrito dos ensayos y una veintena de libros para niños. Pero sobre todo encontrar a veces a algunos de esos niños y sentir su amor, que está basado en el común amor por la palabra.



¿Y si llovía, qué haría?
Podía esconderse el sol.
Llevó además el paraguas
y de su casa salió.

Quería estar elegante
por si encontraba a un señor:
se puso tacones altos
y de su casa salió.

Por parecer gran señora
se puso sombrero alón,
una falda de volantes,
y de su casa salió.

Pero faltaba un collar
y de prisa lo buscó,
se lo enredó por el cuello
y de su casa salió.

Le faltaban los pendientes,
esos de rojo color,
los enganchó entre las plumas
y de su casa salió.

Cuando iba a emprender el vuelo
otra urraca allí pasó,
ella le dijo: «Buen día.»
Y de su casa salió.

FERNANDO KRAHN.



FERNANDO KRAHN.

TINTA FRESCA

Pero la otra, asombrada,
al verla así, se rió.
Y Doña Urraca, muy digna,
a su casa se volvió.

Dejó sombrilla, paraguas,
gorro y bufanda dejó,
y se sacó los zapatos,
se quitó el sombrero alón,

y la falda de volantes,
y el collar, que se enredó,
por último los pendientes.
Todo, todo se quitó.

Y esa mañana encendida
de aire transparente y sol
Doña Urraca, enfurecida,
de su casa no salió.



FERNANDO KRAHN.